

LOS MATERIALES DEL ARTE MUDEJAR CASTELLANO (TIERRA DE CAMPOS)

PEDRO J. LAVADO PARADINAS

Tierra de Campos es una llanura arcillosa con suaves altozanos y ríos semisecos, rodeada por páramos calizos al sur y rañas al norte, bordeada por el río Pisuerga al este y por el río Cea y las lagunas de la Lampreana al oeste. La región natural encerrada en estos límites es una extensión árida, dedicada al cultivo de secano y uno de los graneros más importantes de la península. Sobre estas tierras secas y carentes de arbolado se escribió gran parte de la historia castellana entre los siglos XI y XVI. Sin embargo, su pobreza y abandono actual no hacen presagiar un recuerdo más glorioso de su pasado que el que ofrecen algunos pueblos de barro y tapias, así como, aquí y allá, algún templo abandonado o algún castillo ruinoso. Pero quizás sea en función de esta pobreza y simplicidad del terreno en la que se halle todo el recuerdo artístico del pasado.

Un terreno así, seco, descarnado de piedra y desarbolado, favoreció el uso de una arquitectura adecuada a los materiales más simples, pero por ello más abundantes en la zona. La tierra o el tapial, junto con el yeso y el ladrillo, fueron los elementos fundamentales de esta arquitectura. La madera fue la solución habitual para cubrir tanto espacios religiosos, como civiles y tuvo su entrada en estas comarcas, ya por comercio o por uso de las zonas pinariegas más cercanas a los límites de la meseta. Esta madera formó las inexplicables obras maestras de lacería y ensamblado en los techos de iglesias y palacios. La construcción en la Tierra de Campos a pesar de ser tan austera, en cuanto a materiales, y tan deleznable, cubrió todas las necesidades, desde la arquitectura religiosa para iglesias y conventos, así como en la militar, caracterizada por los castillos y cercas de villas o en lo civil, con espléndidos ejemplos de palacios, casas, hospitales y los mismos soportales, aún existentes que resisten el paso del tiempo en tantas ciudades castellanas. Restos y recuerdo de aquellas formas de construir quedan en numerosos edificios de arquitectura popular que abandonados en los últimos años, debido al enorme éxodo rural, tuvieron ejemplar significación en la vivienda y en el palomar.

La riqueza agrícola de que disfrutó esta región, haciendo que fuese conocida ya desde tiempos primitivos de nuestra historia como buen granero para los pueblos que en ella se instalaron, queda reflejada en el nombre con el que se la conoció durante tanto tiempo, ya como Campos Palatinos, Campos Góticos o simplemente, con su más humilde acepción, Campos o Tierra de Campos. El valor de sus productos agrícolas cobró nuevos vuelos y mayor importancia ante la apertura de nuevas

tierras y mejores técnicas de roturación entre los siglos XV y XVI. Entonces, junto a ese valor, el de su importante ganadería, que siguiendo las rutas de transhumancia atravesaba Castilla y hacia alto en sus principales ciudades mercantiles: Medina de Rioseco, Villalón y Cuenca de Campos. Fue deseo y máxima aspiración de los señores y habitantes de esas villas, conseguir del favor real la concesión de alguna feria o mercado allí localizados, llegando a vender para ello su inclinación o tendencia política (1).

La presencia de artistas mudéjares entronca con las realizaciones de arquitectura militar con las que se fortalecieron algunos núcleos repobladores de Palencia y León y tiene su constatación desde muy tempranos momentos en torno a Sahagún y las fundaciones eclesiásticas benedictinas, que hicieron transformar una arquitectura románica de piedra en su más aproximada versión de ladrillo, salvadas las diferencias de espacios, estructuras y sistemas ornamentales, caso de las iglesias de Sahagún y del convento de la Peregrina en las afueras, así como los edificios de Santervás de Campos, S. Pedro de las Dueñas y Arenillas de Valderaduey entre otros muchos. Con posterioridad, durante la etapa de Pedro I de Castilla y los Trastámara, se manifiesta un tipo de arquitectura de tapial, yeso y madera que tiene mucho que ver con la adaptación a las condiciones ambientales y a la situación social vivida en la zona como consecuencia de la guerra civil y la peste negra. De la misma manera, las manifestaciones artísticas que tienen lugar entre el siglo XV y el XVI muestran a las claras la vitalidad de unas técnicas y unos materiales de amplia tradición.

El Tapial es quizás el más simple y barato de los medios empleados en la construcción. Su uso cubrió toda clase de necesidades, desde el empleo en muros, cabezas y torres de los templos, hasta el uso en fortificaciones militares y en viviendas civiles en las que el material lo único en que se diferenciaba, era en el mayor o menor grado de resistencia, basada en un canto rodado, más o menos grueso, y en el empleo de refuerzos de cantería, hileras de ladrillo o cal mezclada en la misma argamasa. Los condicionantes del clima con su sequedad y aridez, hicieron que muros de tierra hayan resistido imbatibles hasta nuestros días y sólo han desaparecido cuando modernas reformas y más modernas edificaciones, consideraron que aquellas ruinas no tenían ningún valor.

El adobe, hijo de esta forma de arquitectura en tierra prensada, es el único heredero de esta arquitectura en el nivel popular, cada día más en regresión por la mayor difusión del ladrillo y de otros materiales más cómodos, si no tan baratos. Tanto el tapial, como el adobe, no necesitan ningún tipo de cochura, sino que el secado se realiza por medios naturales; en este caso, el calor del sol. El producto obtenido de la deshidratación de estos materiales o del secado es reversible a su estado primitivo, y de esta manera, múltiples templos de Tierra de Campos, abandonados hace ya algunos años, hoy son tan sólo montones de tierra, auténticas colinas para el futuro arqueólogo y nuevas tierras de labranza para el agricultor de la zona. La única diferencia en el material entre el tapial y el adobe, es el uso de canto rodado y grava, así como restos naturales unidos a la arcilla en el caso del primero, y de paja o estiércol en el segundo de los casos. Un ejemplo de tapial muy curioso es el utilizado en la fortaleza de los Almirantes de Castilla en Palenzuela, para el cual se empleó tierra procedente de un poblado celtibérico, así como algunos restos altomedievales, que hoy forman parte del conglomerado térreo. Debido a estos integrantes más consistentes, la duración del tapial es mayor por formar un auténtico cemento natural, mientras que el adobe es más temporal y propenso a desaparecer con la humedad. En el caso del empleo del tapial junto con la cal, el producto que muchos llaman hormigón, y otros calicastro, adquiere una mayor dureza que cada vez se

(1) KLEIN, J., *La Mesta*. Madrid, 1936, págs. 43-47 y 47-61.

aproxima a la que tendría nuestro cemento actual. Piénsese que los materiales empleados son los mismos, sólo diferenciados en el caso del calcinado de piedras y en su molienda. Ya señalan los constructores y los investigadores de materiales de construcción la dureza de este compuesto y más en el empleo de las llamadas margas, mezclas de tierras calizas y arcillosas, muy frecuentes, claro está, en los límites de la zona en cuestión, donde entroncan la llanura arcillosa y los páramos calizos (láminas I,6 y II,5).

La técnica de construcción usada con este material se sirve de un encofrado de madera, que apoyando sobre unos soportes del mismo material, colocados perpendicularmente al muro, moldean y aprisionan en los laterales la masa constructiva, que por encima se apisona con los pies, mazos o algún tipo de prensa manual. Tras dejar secar el material con el calor del sol y mientras se labora en otra de las partes o muros, las tablas se desmontan y vuelven a colocarse sobre nuevos soportes o travesaños de madera, dejando en la parte inferior de donde se quitaron, el hueco llamado mechinal, empleado también en otros casos para colocar los andamios. Subiendo de esta manera el encofrado, cuando ya está seca su parte inferior, se prosigue la obra hasta llegar a la altura de cubrir aguas con la techumbre de madera. Un último paso, que a menudo se realiza más tarde o no llega a ponerse en práctica, es decorar y cubrir este muro hacia el interior con un grueso enjalbegado que tape los orificios y desigualdades del muro, y al exterior protegerle con un careado de cal y gravilla muy fina, que incluso llega a pintarse, esgrafiarse o decorarse simulando sillares de cantería que no son tales. Los vanos se abren en el muro, o bien dejando un espacio recuadrado de madera y colocando nuevas capas de tapial sobre el cargadero o reforzando la parte superior de ventanas y puertas con arcos de descarga en ladrillo o entramados (2).

El mismo tapial se realiza también a menudo con estructuras de madera en el interior, que se forran y a la larga ejecutan la labor sustentante de la estructura de los muros. También dentro del muro se introducen maderos y vigas, perpendiculares y en aspa, que reforzando éste, llevan el nombre de entramados. Este tipo de construcciones que a menudo puede verse en edificios civiles, no suele usarse en los templos y por lo general es obra corriente a partir de los siglos XV-XVI. Por su parte, el entramado convive con el adobe y con el ladrillo, ya que éstos pueden colocarse mejor en el espacio dejado por el cruce de vigas y asentarse de forma cuidadosa, como si de un rompecabezas se tratara. Es corriente ver el tapial usado en los muros de los templos desde mediados del siglo XV y a lo largo de todo el siglo XVI en toda la región de Tierra de Campos y limitrofes, pudiéndose hablar de una auténtica tipología en este momento, de la misma forma que el siglo XIV aporta un sistema de tapias que tendrán gran aceptación en los palacios de Pedro I y de sus sucesores los Trastámara, ya en Astudillo, Tordesillas y en León ciudad. Sin embargo, los entramados aparecen más tarde, primero en las viviendas construidas sobre los soportales de ciudades como Medina de Rioseco, Becerril, Villalón de Campos y Palencia, para conocer una importante floración y variantes muy interesantes entre los siglos XVII y XVIII en lugares como Saldaña o Villamediana, amén de los lugares citados.

Una técnica más usual en el empleo del tapial es a partir de cajas de este material, conocidas por tapias que muestran la actuación del artesano y constituyen un sistema de pago, según el «número de tapias» realizado en un determinado tiempo; aunque a veces esta medida constituye un sistema de encargo de obra, por la que se

(2) CORRAL, J., «El tapial sirve». Cibijo, Madrid, 1979, Ed. Blume, págs. 54-55.

paga a destajo, independiente de las «tapias realizadas» (3). Estas tapias son por lo general múltiplos de la vara castellana, oscilando entre la vara y vara y media, que dan las medidas más habituales de casi todos los edificios. Las cajas de tapial muestran la huella de las tongadas, siendo ésta una cicatriz que el careado trata de tapar y proteger, al igual que en otros casos se usan refuerzos por medio de cadenas de ladrillo o verdugadas de este material. Siendo el forrado en ladrillo una costumbre habitual a partir del siglo XVII. Frecuentemente, los muros de tapial no debían encontrarse en buen estado al exterior, por lo que se cubrieron con ladrillo, mientras el interior deja ver la estructura primitiva, bajo una gruesa capa de cal o un jarrado muchas veces repetido, caso de Pozuelos del Rey.

Las ventajas del empleo de este material residen en su fácil localización y transporte, ya que en el mismo lugar de construcción y con tierras del desmonte para allanar el solar o con las procedentes de la cimentación podía obtenerse la materia prima de la edificación. También la tierra caída de la antigua cerca o de un edificio ruinoso fue cedida para edificar la nueva muralla o para otros empleos. Así se cita en relación con las murallas de Valladolid, en las cercanías de la puerta de la Magdalena, en donde se acuerda conceder a unos vecinos del lugar, la tierra caída de la tapia anterior.

El tapial fue usado en toda clase de construcciones en la comarca de Campos, principalmente y desde época temprana en las fortalezas y cercas que aseguraban la tranquilidad de algunas villas. Así sabemos por los restos existentes en Monzón de Campos, tanto como por la toponimia del lugar, Los Castrillones, la existencia de una fortaleza de este tipo, que ya debía encontrarse en muy mal estado de conservación con anterioridad al siglo XIV, lo que hizo que se construyera una nueva fortaleza de cantería, más alejada del río y sobre un alcor. También, entre los siglos XI y XIII, se levantaron múltiples fortalezas y murallas en las inmediaciones del río Cea y en los límites de León y Castilla, de alguna de las cuales no queda más que el recuerdo histórico y una ruina arqueológica. Este sería el caso de los castillos de Mayorga, Aguilar, Castroverde y Bolaños de Campos que conocieron muchas reconstrucciones y arreglos, al igual que la cerca urbana de Valderas y de Valencia de Don Juan. Estos recintos fortificados fueron perdiéndose con el paso del tiempo, siendo en nuestros siglos más recientes, cuando necesidades de carácter urbano y de tránsito propiciaron su demolición. Durante el siglo XV volvió a cobrar interés la edificación defensiva en tapial, hasta el punto de que los palacios y fortalezas del momento se construyen generalmente en este material, caso de los alcázares y palacios de los Almirantes de Castilla, ya en Bolaños, Palenzuela o Medina de Rioseco. También la arquitectura civil de fines del período medieval usó este material para algunas viviendas, muchas de las cuales perviven en los conventos y monasterios creados por algunas damas de las principales familias de la zona. Desde el monasterio de Clarisas de Astudillo, similar al de Tordesillas, hasta las obras de la familia Velasco y Guevara que ceden sus casas de Cuenca de Campos para monasterios de monjas clarisas, o los Manrique que levantan un primer monasterio de esta orden en Amusco, para por fin pasar al nuevo de Calabazanos, son numerosas las familias nobles que en esta comarca de Campos protegen a diversas órdenes monásticas y conventuales, caracterizadas por la sencillez y la pobreza de medios, facilitándoles un espacio para la vida religiosa común, ya dentro de sus antiguas viviendas o en nuevas construcciones que siguen las pautas de una pobreza franciscana. Entre estas órdenes hay que mencionar a los franciscanos, clarisas, concepcionistas y recoletos, a las que se unen otras con menor repercusión, caso de los premostratenses o

(3) DOMINGUEZ, A., *Aspectos del urbanismo vallisoletano en torno al año 1500: Puertas, arrabales y puentes*. Madrid, 1976, C.S.I.C., págs. 10-11, 19 y notas.

las monjas sofías, ejemplos todos ellos de comunidades de clausura y caracterizados por una pobreza extrema, ejemplo aún más patente en las clarisas urbanistas. Ello ha favorecido en muchos casos la conservación casi total de hasta el mínimo patrimonio arquitectónico, mientras que el patrimonio mueble sufría los embates de anticuarios y chamarileros que compraban por cuatro perras lo atesorado largamente por siglos.

Hay que señalar también la gran difusión del tapial en los templos de Campos, lo que puede parecer innecesario, pero que al ser tan abundantes éstos, casi podría hablarse de que este material es el más genuino y propio de la arquitectura de esta comarca de la Meseta. El empleo en los templos se manifiesta en todo tipo de muro sustentante, elaborado en cajas de madera y que aparece en muros, capilla mayor y torre, logrando un tipo repetido y estructuralmente definido que es el que se conoce tipológicamente como «de Campos». Las variantes oscilan sólo en el número de naves y en la inclusión en muy rara vez de un crucero en el mismo material. Si bien los muros en muchas ocasiones han sufrido cambios y adiciones, como las ya señaladas del siglo XVII y XVIII, consistentes en el forrado exterior de ladrillo o en nuevos careados y usos de cajas de tapial, reforzadas con cadenas de ladrillo, los interiores conservan toda su estructura original del siglo XVI. Las mismas torres, ejemplo más habitual de la zona y que numerosas ocasiones sufrieron los embates del clima y de algún otro fenómeno atmosférico, conservan en su estructura de la parte baja los gruesos muros de tapial, mientras la parte alta sufrió reformas de ladrillo según el dictamen de la moda de la época.

Hablar del tapial sin señalar su repercusión en la arquitectura popular, es faltar a la veracidad de un estudio sobre la Tierra de Campos. Ya que la tierra sobre la que se asientan sus villas o localidades, sirvió tanto para elevar casas, edificios públicos, ayuntamientos u hospitales, o los mismos pósitos, cercas de ganado y recintos de ciudades. A caballo entre lo artístico y lo útil se encuentra el palomar, de aquel tipo como el que decía el amo del buen Lazarillo de Tormes, «que de no estar caído, buenas ganancias diera a su propietario», o como los que afirmaba Lampérez, eran herencia de construcciones celtibéricas. El palomar es aún hoy uno de los pocos restos que se mantienen, sea por su utilidad o por la abundancia de estas edificaciones que existieron en la zona.

La Piedra, por escasa en el terreno y cara en su transporte y labra, fue tan poco usada, que son escasos los restos que de ella quedan, no sólo del estilo mudéjar, sino de otras etapas anteriores y posteriores en la zona. El uso principal de la piedra correspondió a basamentos y refuerzos de los edificios en las esquinas, vanos y fundamentación de soportes. Siendo de esta manera como aparece en la zona entorno a Sahagún, aunque hay que pensar que el proyecto inicial de estos templos fue la cantería románica, según las pautas del románico lombardo o del románico de peregrinación. Los restos más completos de San Pedro de las Dueñas nos hablan de ese intento en una tipología que coincide con la de Jaca o San Isidoro de León, dada su alternancia de soportes en el interior, mientras que la labor decorativa del ábside sigue motivos lombardos, acabados y transformados en ladrillo en Santervás o en San Tirso de Sahagún (4) (láminas I,1-2 y II,1-2).

Es frecuente en las obras mudéjares de la comarca de Campos, en las que el tapial es el elemento constructivo por excelencia, que éste cargue sobre un basamento de cantería, allí donde haya habido algún otro resto anterior de donde acarrear este material o donde la cercanía y la pujanza económica de la obra lo hayan permitido.

(4) Sobre este tema presentó una comunicación al I Simposio de Mudéjarismo de Teruel en 1975, Manuel Valdés, tema sobre el que luego volvió tanto en su tesis doctoral publicada en León o en algunos artículos posteriores.

En otras ocasiones se tuvo que recurrir al forrado en este material o en ladrillo y a la utilización de un fuerte basamento de hormigón. Por otra parte, el empleo de este material en los ángulos de los muros y las torres es frecuente por ser éstas, zonas muy atacadas por los fenómenos atmosféricos.

El empleo de la piedra se hace más frecuente a partir de los siglos XIV y XV, cuando se empieza a usar este material siguiendo modelos góticos en las cabeceras de los templos, aun a pesar de que las naves se realicen en tapial, mampostería o ladrillo y se cubran con madera. Persiste este material en contrafuertes y estribos o en ventanas y portadas, donde los arcos entonces trazados, dentro del gótico flamenco e influidos por el mudéjarismo reinante en toda la arquitectura de la época, hicieron a autores como Chueca definir este estilo como gótico cuadrangular. Dentro de estos siglos, el gótico franciscano o el levantino utilizaron la piedra para las cabecezas y arcos diafragmas, mientras la estructura de la nave se cubría de madera.

Sin entrar en polémicas acerca de la etnia de los artesanos mudéjares, tal y como plantearon Torres Balbás o el Marqués de Lozoya, hay que reconocer la existencia de algunos temas decorativos en fachadas de edificios, capiteles o en las muy curiosas pilas bautismales, cuyos símbolos gráficos y numéricos, o sus arquerías y estrellas, hicieron sospechar a algunos autores la autoría musulmana de la obra, caso de las obras de Cevico Navero o de Boadilla del Camino, estando ello más dentro de la hipótesis que de la confirmación documental precisa.

La técnica empleada en este material no ofrece ningún interés excepcional o variante especial. Los sillares se colocan con su tendel de argamasa, siguiendo la forma del ábside o la propia estructura del templo, sin guardar una posición especial. Por lo general van a soga, con el fin de cubrir una mayor superficie, mientras en sitios clave del edificio, caso de la torre y estribos o en los ángulos, se atizonan, lo que une el aspecto decorativo al sustentante.

En cuanto a la labor decorativa de la piedra merece señalarse la realizada en ventanas y portadas que sigue formas de claraboya góticas, hojarascas y arcos de este estilo. Los pináculos y recuadros enmarcan estos elementos, guardando una mayor decoración para las enjutas, que de esta manera y debido a los alfiles muy salientes, se protegen. En algunos casos, los canecillos mantienen una cierta decoración figurada, como en San Andrés de Aguilar de Campos, donde los escudos de los Enríquez se alternan con los de la esposa del Almirante y con temas animados, al igual que en algunos capiteles y en las mismas tabicas de la techumbre existente. El hecho es interesante ya que conocemos los nombres de los principales artesanos musulmanes que trabajaron para esta familia y que se citan al fallecimiento de doña Juana de Mendoza en su testamento (5).

El hecho de la funcionalidad constructiva y la dureza de la cantería hablan a favor de la explicación de su utilización en puertas y refuerzos de las villas amuralladas de Campos, siendo éstos los restos que mejor se han conservado y entre los que podrían citarse la puerta de San Martín en Astudillo, ya que la de Santa Eugenia se demolió a comienzos de siglo, la del Arco en Mayorga de Campos o la de Ajújar en Medina de Rioseco. Tampoco es extraño hallar restos de estas puertas de las villas medievales conservadas en parte, como en el caso de Becerril, o el posterior uso que se hizo de obras de ladrillo para esta función. Los torreones y atalayas son también del mismo material, por lo que respecta a su exterior y aún se reconocen en la llanura de Campos, las siluetas de castillos como Montealegre, Ampudia, Monzón y Fuentes de Valdepero, obras muchas de ellas de entre los siglos XV-XVI y que jugaron un destacado papel en la revuelta de las Comunidades.

(5) EZQUERRA DEL BAYO, J., «Un testamento del siglo XV». *Arte Español*, IX, 1929, pág. 456.

LOS MATERIALES DEL ARTE MUDEJAR CASTELLANO (TIERRA DE CAMPOS)

En la arquitectura civil es poco empleado este material, al ser tan caro y difícil de hallar en los alrededores; sin embargo puede vérselo en la parte baja de algunas viviendas, a partir del siglo XVI, con el fin de proteger los muros de tierra de la humedad y más habitualmente en los siglos siguientes, señalándose a partir del siglo XVIII una tipología de vivienda civil que usa frecuentemente la parte baja en este material, mientras la parte alta se realiza en ladrillo y cuyos ejemplos más importantes se hallan en Valderas, Astorga, Villamayor de Campos y otros lugares de la región.

El Ladrillo es otro de los materiales de gran repercusión, tanto en los dos tipos de arquitectura mudéjar con relación a Sahagún, como en sus aportaciones góticas y en la pervivencia en obras civiles y militares. Las condicionantes del empleo del ladrillo como material residen en su baratura con respecto a la piedra y su mayor facilidad para el transporte, que en muchos casos implica que el horno no se halle muy lejano del edificio en cuestión. De todas formas, el material no fue tan frecuente como el tapial, debido a la deforestación de la comarca que no la hacía muy propensa para poder alimentar los hornos ladrilleros, mientras que el sol era suficiente para el acabado final de la obra de tierra, dado que el clima seco favorecía la dureza y resistencia del material.

Aunque conocemos la gran mayoría de obras de este material, por haberse conservado en mejores condiciones y aunque las podemos clasificar según estructuras y tipologías y estudiar en cuanto a su expansión e importancia, aún se nos escapan detalles que quedan dentro del plano hipotético que afecta al arte mudéjar castellano. Ya que, si está bien clara la expansión del ladrillo a partir de unos centros y focos creadores del modelo arquitectónico, del módulo constructivo, de la mezcla de materiales y de la argamasa, por otro lado se plantea la falta de documentación de los edificios, la fluctuación cronológica y la dirección hacia la que aputan las influencias de diseño o estructurales de las obras. Acudiendo a analizar las piezas por sus motivos decorativos o su material, no creo que lleguemos a nada más que a trazar una hipótesis más o menos errónea. Determinar por otra parte la importancia anterior del núcleo toledano, es simplemente partir de un apriori sin demostrar y que a menudo contrasta con las fechas conocidas, a la vez que queda claro que los templos y obras de ladrillo en Castilla ofrecen unos tipos estructurales distintos y posiblemente unos focos perfectamente delimitados, como Sahagún, Toro, Olmedo, Cuéllar y otros secundarios de menor importancia.

El material de por sí ofrece pocas variantes, oscilando en unas medidas bastante grandes, que con el paso del tiempo se reducen por lo menos visiblemente en el grosor, lo que hace pensar que a un igual costo del precio del ladrillo, entran menos o son más quebradizos. El color también tiene un ligero tono diferente, aunque esto bien podría ser debido al material térreo empleado, más que a una cochura más o menos fuerte. La argamasa por su parte va reduciendo su grosor con el paso del tiempo, incluso buscando algunos simples sistemas decorativos a nivel de incisiones. Hay que pensar que el grosor de estos muros está relleno de tapial y que los templos de la zona, que ya calificó Gómez Moreno de «obra de ladrillos con pocos ladrillos», cada vez tuvieran mayor cantidad de este material en su interior, dada la inferior calidad y tamaño de sus componentes. La medida del ladrillo oscila entre los 35 por 15 por 5 cms., que no quiere decir que sean ni estas medidas exactas, ni idénticas las tres. Actualmente aún no es desconocida la modulación del ladrillo en relación con la planta o con el espacio del edificio, tal y como apuntan algunos investigadores del mudéjar aragonés con respecto a la rejola, o la que le relacionaría con el pie-medida.

El material sufre por otra parte una evolución clara a lo largo del tiempo, pasando de ser el ladrillo cortado y atizonado, al caso del ladrillo más tardío, recorta-

do en blando y cocido posteriormente, para su mejor empleo en nervios de bóvedas, baquetoncillos y recuadros.

La técnica con la que se realiza el ladrillo atraviesa pasos idénticos a los del adobe, aunque en su composición se utiliza una arcilla más refinada y sin unión de materias orgánicas como en el caso de éste. Moldeado en fresco y secado por el aire o el sol, recibe una cochura en la que tomará el color rojizo por la mayor o menor proporción de hierro, existente entre sus componentes. El resultado al final, es prácticamente irreversible por haber sufrido una transformación química.

La decoración en el ladrillo ofrece cortos márgenes de variación. Ello unido a ser este oficio una labor artesanal repetida a lo largo de los años dificulta enormemente la posibilidad de una cronología ajustada o al menos aproximada con certitud. Los temas empleados pueden reducirse a los de esquinas o ajedrezados, logrados con la colocación del ladrillo en diferentes posiciones y buscando efectos de luz y sombra, o a los realizados por cambios del ladrillo en su posición, ya vertical, en espina de pez, en espiga, reticular, sardineles o cualquier otra figura geométrica cercana a ésta. Hay que señalar también los temas de alfices y recuadros en los vanos de los edificios mudéjares, y que junto con el tema de esquinitas corriendo por todo el muro, que parece simbolizar el cordón de la eternidad, serán los más habituales.

Otro caso es el empleo del ladrillo recortado que aparece en algunos aleros en nacela que se mantienen hasta el momento barroco. Mas, sin embargo, el ladrillo tanto se acopló a los ábsides semicirculares del núcleo de Sahagún, como a los ábsides planos del núcleo de Villalpando o a las propias cabeceras góticas, que si bien no todas llegan a copiar en este material las formas poligonales y los contrafuertes, como el caso de San Pablo de Peñafiel, al menos le utilizan en algunas de sus partes, como en las iglesias de Aguilar de Campos y de Villalón. El ladrillo aparece también con cierta frecuencia en los soportes de los templos, caso de los pilares rectangulares y cruciformes de la zona de Sahagún o de los ochavados que aparecen a partir del siglo XV. El cimborrio es un elemento constructivo que emplea el ladrillo con cierta frecuencia, quizás por aliviar el peso, aunque su función se dirige principalmente hacia la utilización del cimborrio-torre, al estilo de Sahagún o hacia la torre-ábside que tendrá una más importante manifestación en la zona vallisoletana, limítrofe con Avila y Segovia (láminas I,1-5) y (láminas II,1-4).

El ladrillo, junto al tapial, es uno de los elementos más usuales en el arte mudéjar de Tierra de Campos, tanto en la arquitectura religiosa, como en la civil y la militar. En la vivienda de la zona se combinan estos materiales, asistidos de la piedra y la madera en muy diversas formas y tipologías. Forrando muros, reforzando ángulos, introduciendo cadenas, formando el núcleo de los soportes, aportando elementos decorativos y enmarcando vanos. Las formas decorativas oscilan según los gustos de la época pasando de las nacelas, esquinitas y sardineles aún medievales, a formas de volutas, pilastras cajeadas, orejones y mutilos, ya dentro del barroco, tal y como muestran los principales ejemplos de casas y palacio de Mayorga, Villavencio, Bolaños, Valderas o Astorga.

Las puertas de ciudad también se sirvieron del ladrillo para dar un cierto aspecto noble y a la vez fuerte y defensivo a ésta. Algunas son tan antiguas como la de la Magdalena en Valladolid, conocida también por las Huelgas y que fue posteriormente reutilizada dentro de este monasterio, quedando hoy aislada en uno de los patios. El mismo ejemplo de puerta de ladrillo aún actualmente en uso, se mantiene en la de las Rejas y en la de Santiago de Valderas, en la de la villa de Grajal de Campos y en una de las puertas tardías de Medina de Rioseco. Las fortalezas, por el contrario, nunca fueron de este material, si se exceptúan los casos conocidos de

Medina del Campo o de Coca, sino que el tapial formó el núcleo de los muros, al que reforzaron la piedra y el ladrillo en su parte inferior, saeteras, puertas y parte elevadas de torreones.

Poco sabemos de la situación de los hornos ladrilleros, así como de los precios de este material, tan sólo de manera un tanto casual se conoce el precio del ladrillo para los hornos del monasterio de Sahagún, en fecha ya tardía del siglo XVI, con respecto a un pedido de ladrillos que se encargan para la torre de la iglesia de Villapeñil y que implican el poder del monasterio en la comarca, forzando para que los templos rurales bajo su dependencia tuvieran que abastecerse de sus centros de producción, de la misma manera que tenían que usar sus molinos, sus hornos o sus lagares.

La Madera presenta otra serie de ventajas que también la hicieron uno de los elementos constructivos de mayor relieve en el mudéjarismo de Tierra de Campos. Aunque, si bien la zona de Campos es pobre, por no decir que desconoce este material, y más la madera de pino, empleada principalmente en las techumbres, es fácil comprender que un cierto comercio, primero a partir de los productos agrícolas de aquí y luego de los ganaderos, fue el principal motor para el intercambio comercial de este y otros materiales. Hay que señalar también entre las ventajas de la madera, su adaptación al terreno seco de la zona, su baratura, ligereza, sus posibilidades decorativas y modulares que permiten cubrir edificios de gran amplitud ricamente y de forma funcional y que alivian los muros de tapial de cualquier peso excesivo. Las cubiertas de madera de Tierra de Campos van desde el tipo de par y nudillo hasta las cupulares en todas sus variantes y temas decorativos. Existen techumbres con estructuras típicamente mudéjares o moriscas; lo mismo que las hay renacentistas y algunas incluso perviven hasta el barroco.

Dentro de las técnicas hay que diferenciar entre una carpintería de armar o de lo blanco y una carpintería de detalle o de lo prieto, conocida más como ebanistería. En la primera se engloban las techumbres, aleros, alfarjes de coros y otras estructuras sustentantes, mientras que en la segunda se encuentran las puertas y muebles de las viviendas.

La funcionalidad de la madera se hace evidente allí donde el frío, la humedad o el sol ardiente hacen necesaria una protección de los muros tapial o del viandante que se halla expuesto a las inclemencias del tiempo, llegándose a crear en algunos casos un tipo de calle cubierta o soportal, aún utilizados para el comercio y para el paseo, cuando no para la feria anual y el mercado temporal. Tanto el soportal como el alero son dos de las características de las villas de Campos que mantienen una fisonomía urbana más tradicional.

El mismo poste de madera o pie derecho tuvo su empleo en templos y edificios civiles de la comarca de Campos, ya en formas poligonales, achaflanadas, enyesado o apeando simplemente ménsulas de madera. Tanto en galerías, interiores o en pórticos adosados a fachadas y edificios públicos. Sobre el soporte de madera, las zapatas y las carreras de las vigas estructuraron y mantuvieron los puntos débiles de esta construcción. Este mismo material se encuentra en los púlpitos de yeso, dando forma al antepecho y determinando la forma arquitrabada de arcos y vanos sepulcrales, luego decorados con yeso.

Hoy todavía nos son conocidos algunos textos de carpintería de armar, escritos para artesanos que conocían este oficio, pero que a comienzos del siglo XVII empezaban a olvidarlo, repitiendo algunas fórmulas constructivas, sin mayor creatividad. De esta manera se entiende el libro de Diego López de Arenas que desde su primera edición de 1633 ha conocido diversas ediciones, incluso de un manuscrito anterior, hallado por Gómez Moreno en Granada. Otro tanto podrían decirse sobre el texto de fray Andrés de San Miguel, publicado en 1969 por Baez Macías, o los numerosos

estudios sobre carpintería mudéjar existentes en este último siglo, caso de Pijoán, Byne y Stapley, Méndez Casal, Bevan, Rafols, Prieto Vives, Iñiguez Almech y Martínez Caviro entre otros (6) y a quienes se debe un intento de sistematización en cuanto a formas, así como la mención de las más importantes techumbres, entre las que destacan algunas de la zona en cuestión.

Por otra parte, tampoco hay que olvidar lo que supone la ebanistería a la hora de conocer los ricos interiores de las viviendas, palacios e incluso templos mudéjares. La conservación de mínimos restos no quiere decir que éstos no existieran, ya en armarios, sillerías, arcas, puertas o contraventanas. De esta manera conocemos algunas arcas de Astudillo o de las Huelgas de Valladolid que proceden del tiempo de Pedro I o de María de Molina respectivamente. Entre las sillerías, no pueden olvidarse las de Gradefes y Astudillo, hoy en el Museo Arqueológico Nacional, así como la pequeña alacena o armario de Saldaña, si bien procede de Granada, o los soberbios ejemplares de puertas en Dueñas y Tórtoles de Esgueva, o las contraventanas de Ampudia, Carrión o Fuentes de Nava, caracterizadas por el tema decorativo de pergamino o servilleta y los atributos heráldicos, de la misma forma que la espléndida puerta del coro de San Hipólito de Támara, que aunque obra gótica en su diseño, ofrece variantes de taraceado geométrico que hablan de una mano musulmana (lámina III,2).

No es este el momento de hacer aquí una completa y detallada relación de las soluciones de carpintería empleadas, así como de su terminología y de los fundamentos estructurales a los que se debe una obra de carpintería en particular, sino simplemente demostrar cómo las techumbres mudéjares en la Tierra de Campos cumplen unas ciertas condiciones de adaptabilidad arquitectónica. Piénsese que toda cubierta de madera se encuentra en función de dos factores: la carga del techo y tensión de los muros y la sobrecarga eventual provocada por tormentas, fenómenos atmosféricos o arreglos en el tejado. Ello muestra cómo las soluciones dadas a estas techumbres cumplen con unos requisitos comunes genéricos, ante una misma tipología de planta, el grosor idéntico de unas maderas empleadas y la función específica del edificio. El empleo de sistemas de tirantes para evitar que los muros se abran, así como la utilización de ensamblajes en cruz de San Andrés en la parte baja, que tiene menos tensiones, o a caja y espiga en la parte superior, así como la tablazón machihembrada o los sistemas de anclaje en la solera, cubiertos por el almarvate, son algunas de las soluciones prácticas que corren parajas con las propiamente estructurales, caso de la contraposición de capilla mayor y torre en los extremos más desprotegidos o la solución de techumbres de artesa y ochavada para paliar estos puntos débiles (lámina II,7; láminas III,1-8 y láminas IV, 1-8).

Pero como puede observarse a partir de cualquier catálogo o los ejemplos expuestos, el uso de la carpintería cubre un amplio espectro de necesidades constructivas en las viviendas y templos de Campos, así como en sus interiores. El empleo más común es el de las techumbres de las iglesias, que muestran numerosas variantes de la cubierta a dos aguas o de las mismas cubiertas planas para coros y galerías. Los pórticos, soportales y aleros forman parte del recuerdo histórico de esta arquitectura que fue evolucionando formalmente en los siglos siguientes, a partir de algunos temas figurativos en las cabezas de las vigas, el uso de bóvedas de revoltónes

(6) Cita algunas techumbres mudéjares de la comarca de Campos tan sólo Prieto Vives, tanto en su obra *El arte de la lacería*, como en *La carpintería hispano-musulmana*, donde llega a hacer algunas apreciaciones con respecto a los lazos orientales y los occidentales, y dentro de éstos a las diversas zonas geográficas españolas. Sin embargo, como sistematización estructural hay que remitir a los trabajos de Rafols y de Martínez Caviro como ejemplo, ya que el de Byne es curioso, pero muy genérico.

o algunos sistemas de policromía y enlucido que enmascaraban estas estructuras leñosas.

Es lastimosa la pérdida de gran parte del mobiliario civil, habiéndose salvado tan sólo algo del litúrgico, dado su uso continuado, o los mínimos restos existentes en museos o colecciones particulares.

La carpintería mudéjar aportó ante todo un sistema modular basado en la propia maniobrabilidad de elementos y en la permisibilidad de una rápida construcción que en un momento dado permitiera sustituir piezas deterioradas. Las jácenas oscilan alrededor de los seis metros de longitud, lo que hace que sean piezas aún manejables entre dos personas, que no ofrezcan problemas a la hora de pasarlas por vanos o elevarlas a la parte superior de un edificio y fácilmente obtenibles de un árbol entero, permitiendo a su vez que las maderas de menor tamaño ocupen la función decorativa y ornamental de la techumbre, con más riqueza y con un sistema de trabado que las hace consistentes y bellas. El transporte es otro de los aspectos que han de contemplarse en este tipo de construcción, de la misma manera que la perdurabilidad de estos elementos por un cierto número de años, de ahí el empleo de madera de pino que con su resina ofrece una mayor resistencia a la invasión de algunas plagas y que permite una mayor adherencia a la pintura decorativa. Todas estas ventajas debieron ser parte de la validez adquirida por la madera como uno de los materiales fundamentales del arte mudéjar en Tierra de Campos.

El Yeso tuvo una especial manifestación en las obras mudéjares de la zona a partir de mediados del siglo XIV. Es de sospechar que en estos primeros momentos fueran artesanos venidos del sur los que realizasen las obras en relación con el reinado de Pedro I, aunque no hay que olvidar las manifestaciones del siglo anterior en Burgos, de una calidad pocas veces igualada, o la abundancia de obras que habrá en el siglo XV, así como las escuelas formadas en la comarca en cuestión.

El yeso es el sulfato de cal hidratado que para su uso, ha de desecarse primero, para luego, humedecido, poder trabajar en blando con él, según técnicas diferentes, ya a talla o a molde.

El fin de las yeserías es ocultar los toscos muros de tapial y decorar principalmente las partes altas de los muros, recercar los vanos de puertas y ventanas según el estilo decorativo en boga y lograr con su blancura y pulimento, la imagen que en otras zonas está adjudicada al mármol o al alabastro.

El trabajo en yeso encontrado en la comarca de Campos, corresponde por lo general al modeado, si bien la obra siempre se retoca a cuchillo y se policroma en su último paso. Los trabajos realizados corresponden por lo general también a inscripciones alusivas a la fundación de la obra, datos de cronología, nombre del artesano o elementos heráldicos, geométricos y epigráficos con valor ornamental sobre todo. No dudando en estos casos en aparecer graffias de tipo musulmán o flora y fauna característica del mundo del Islam medieval.

El yeso no es un elemento estable en sí mismo, por lo que necesita un soporte que en estos casos corresponde a la madera o a las propias estructuras sustentantes del edificio. Este es el caso de los vanos, arcos sepulcrales, púlpitos y algunos temas ornamentales, bajo cuyos temas de claraboya, alfices, geometría o mocárabes existe otro tipo de material.

Es importante remarcar la gran abundancia de púlpitos, así como monumentos funerarios que avalan la existencia de auténticas escuelas de yeseros, de algunos de los cuales conocemos su nombre y ámbito de acción. Caso de Alonso Martínez de Carrión, Braymi, los de la Torre y los Corral de Villalpando. En estos sistemas ornamentales predominan las formas heredadas del gótico, del renacimiento y del arte musulmán, conviviendo en muchos casos hasta los tres estilos juntos, representados por cardinas, grutescos y alfarzones o lacerías (lámina I,7; lámina II,6 y 8, y lámina V,1-3).

La arquitectura civil tiene ejemplos como el del palacio de Pedro I en Astudillo, donde puede seguirse una auténtica evolución de motivos y donde se encuentran inconclusos muchos procesos del trabajo que muestran la técnica paso a paso: el dibujo, la incisión, el vaciado y resalto de netos, el acabado y la policromía. De la misma forma que el sistema de molde también muestra sus pasos, en la composición de piezas, el ensamblado, el acabado y retoque, casos de las yeserías del palacio o del patio castellano. También el yeso tiene su utilización en el suelo del mismo palacio, coloreado con almagre y fragmentado en cuadrículas iguales por medio de una incisión simple que delimita este suelo a la manera de piezas de un embaldosado o solería cerámica.

La yesería mudéjar tiene sus mejores ejemplos en la arquitectura civil de Tierra de Campos, ya en los castillos de Ampudia o en los palacios de Dueñas, Cevico de la Torre y otros, donde aparece en puertas, ventanas, chimeneas, arrocabes y algunos frisos ornamentales, cuyos mejores ejemplos también se hallan en tierras castellanas, caso de Medina de Pomar o de Peñaranda de Duero. El uso de la yesería en los palacios renacentistas, muchas veces con formas heredadas de la tradición mudéjar, es frecuente asimismo en las escaleras y vanos de puertas o ventanas, siendo uno de los principales ejemplos el palacio de Grajal de Campos.

Otros Materiales. No fueron sólo éstos los únicos materiales que formaron parte de las construcciones y obras del mudéjar de Tierra de Campos, pues, si bien puede afirmarse que los expuestos eran más bien estructurales o de carácter constructivo, hay otros, como los tejidos, el cuero o la cerámica que dadas sus características, paliaron más fácilmente las necesidades de habitabilidad de las viviendas de la zona. No es fácil imaginar hoy aquellos caserones y palacios con los muros de tierra, agrietada, si no ruinosos, o los suelos de ladrillo macizo, rollos o simple yeso, sin ver frontales de cuero, tapices, alfombras o alcatifas, cuando no obras de carpintería mobiliaria: arcos, armarios y alacenas, donde se guardaban las ricas telas y bordados. Tampoco podemos imaginar las ricas encuadernaciones de libros con trazados de lacería, las riendas y arreos de caballerías y las mil y una piezas de asiento, descanso o simples herramientas de uso. Del mismo modo hay que pensar en la cerámica, de la que tan pocos ejemplos nos quedan, si descontamos algunos frontales de altar, la utilizada en canalizaciones y desagües en el palacio de Astudillo y algunas ornamentaciones de enterramientos. ¿Y qué pensar acerca de los guadamecies y cordobanes y de las piezas de vajilla, juego o uso cotidiano? No se puede, ni por un momento imaginar la riqueza de objetos que acompañaron e hicieron más agradable la vida de los hombres del medioevo en la Tierra de Campos. Tan solo señalaré alguna de las piezas más importantes conservadas en la actualidad, caso de los mínimos restos cerámicos del Museo de León, así como la bandeja y el ajedrez existentes allí también, los arcones de los monasterios de Astudillo y de Las Huelgas de Valladolid, los tejidos de Villalcázar de Sirga, si bien por historia y cronología haya que considerarles granadinos y más en relación con los fragmentos existentes en Las Huelgas de Burgos y Covarrubias, las telas y ataúd del Museo de Valladolid y finalmente, las llamadas alfombras de los Almirantes de Castilla, a las cuales siempre se atribuyó un origen en el Sudeste español, más concretamente en las localidades de Chinchilla y Liétor y sobre lo que valdría la pena volver de nuevo, más cuando muchas de ellas proceden de la comarca de Campos, se citan en el inventario habido tras la muerte de algunos miembros de esta familia y muestran en sus escudos relaciones con las principales familias de la zona: Enríquez, Mendoza, Ayala, Rojas y Franco de Guzmán (7) (lámina I,8).

(7) FERRANDIS, J., *Exposición de alfombras antiguas españolas. Catálogo general ilustrado*. Madrid, 1933. Un estado de la cuestión y el planteamiento del tema de la procedencia de las alfombras del Almirante fue presentado por mí en las *II Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, Madrid, 1981.



1



2



3



4



5



6



7



8

LAMINA I. — MUDEJAR EN TIERRA DE CAMPOS. — 1. SAHAGUN (León), S. Tirso. Absides en cantería y ladrillo. — 2. SAN PEDRO DE LAS DUEÑAS (León), Iglesia. Detalle del ábside mayor en cantería y ladrillo. — 3. SAHAGUN (León), Monasterio, Capilla de S. Mancio o mejor, Capilla de S. Miguel. — 4. VILLALPANDO (Zamora), Sta. Maria. Cabceras en ladrillo. — 5. PEÑAFIEL (Valladolid), S. Pablo. Abside. — 6. PALENZUELA (Palencia), Fortaleza de los Almirantes de Castilla. Tapial. — 7. PALENCIA, Sta. Marina. Celosía de yeso. — 8. BENAVENTE (Zamora), Fortaleza de los Condes de Benavente. Cerámico.



1



2



3



4



5



6



7



8

LAMINA II. — MUDEJAR EN TIERRA DE CAMPOS. — 1 SAHAGUN (León), S. XVso. Detalle de las mensulas y arcos en ladrillo. — 2. SAN PEDRO DE LAS DUEÑAS (León), Iglesia. Entronque entre la cabecera románica y mudéjar. — 3. OLMEDO (Valladolid), S. Andrés. Exterior del ábside. — 4. OLMEDO (Valladolid), S. Andrés. Interior del ábside de ladrillo. — 5. PALENZUELA (Palencia), Fortaleza de los Almirantes. Torreón de tapial. — 6. BENAVENTE (Zamora), Sta. Maria. Alacena de madera dorada. — 7. BERCIANOS DE VIDRIALES (Zamora), Parroquial Piña de mocárabes y almizate. — 8. AMUSCO (Palencia), Ntra. Sra. de la Fuentes. Panel de yeso en la escalera del púlpito.



1



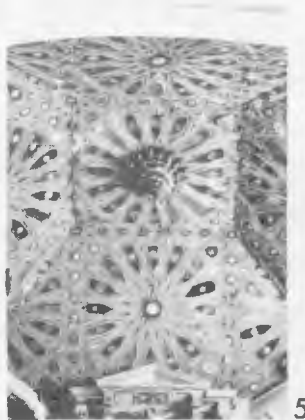
2



3



4



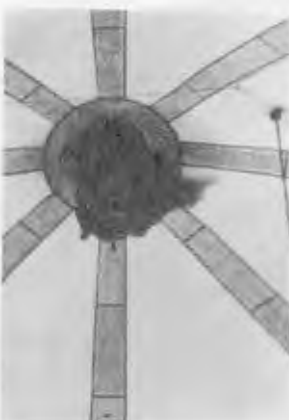
5



6



7



8

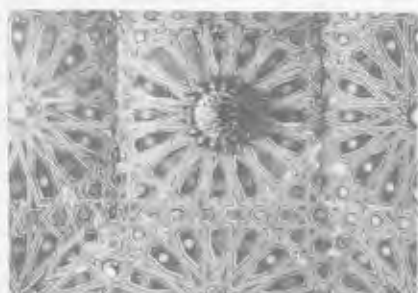
LAMINA III. — MUDEJAR EN TIERRA DE CAMPOS. — 1. ASTUDILLO (Palencia), Monasterio de Sta. Clara. Techumbre de par y nudillo en la iglesia. — 2. ASTUDILLO (Palencia), Monasterio de Sta. Clara. Detalle de la sillería mudéjar del coro (Museo Arqueológico Nacional). — 3. VILLALÓN DE CAMPOS (Valladolid), S. Pedro. Tablazón de la techumbre. — 4. VILLANUEVA DE LA CONDESA (Valladolid), S. Pedro. Detalle de la techumbre. — 5. AÑOZA (Palencia), La Asunción. Techumbre en artesa del presbiterio. — 6. BERZOCANOS DE VIDRIALES (Zamora), Parroquial. Nave principal con techumbre ataujerada y tirantes mohamares. — 7. BOLAÑOS DE CAMPOS (Valladolid), Sta. María. Detalle del antepecho del coro alto. — 8. CERECINOS DE CAMPOS (Zamora), Sta. Marta. Piña de una desaparecida techumbre en el presbiterio.



1



2



3



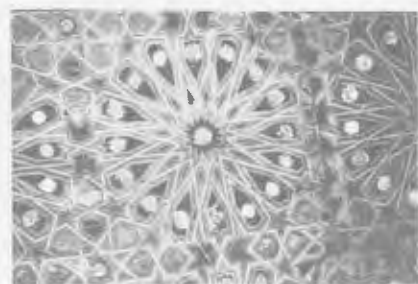
4



5



6

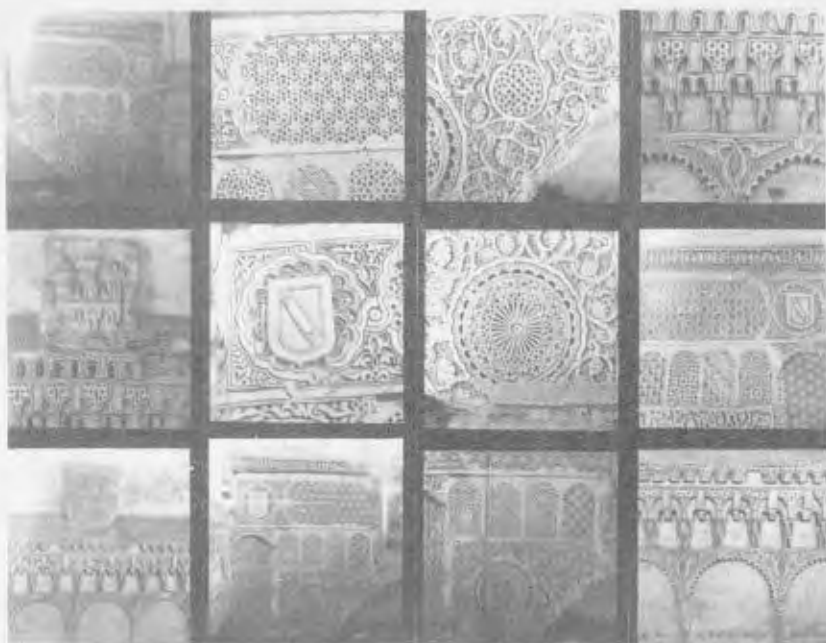


7



8

LAMINA IV — MUDEJAR EN TIERRA DE CAMPOS. — 1 CARRACEDO (León), Monasterio y palacio de los Reyes de León. Tablas de la techumbre de la llamada Cocina de la Reina (Museo Arqueológico de León). — 2. VILLALON DE CAMPOS (Valladolid), S. Pedro. Escudo de los Pimentel en la techumbre. — 3. AÑOZA (Palencia), La Asunción. Detalle de lacería en la techumbre del presbiterio — 4. SAN ROMAN DE VALLE (Zamora), Parroquial. Techumbre de ochavo del presbiterio, hoy en el castillo de Benavente. — 5. JABARES DE LOS OTEROS (León), S. Pedro. Piña del almizate en el destruido ochavo del presbiterio. — 6. VILLANUEVA DE LA CONDESA (Valladolid), Parroquial. Detalle de lazo ataujerado en el almizate. — BOADA DE CAMPOS (Palencia), S. Pedro. Lazos ataujerados en el presbiterio. — 8. MOLPECERES (Valladolid), Parroquial. Viga del coro alto con representación de la Pasión de Cristo



1



2



3

LAMINA 4 — MUDEJAR EN TIERRA DE CAMPOS — 1 SANTIAGO (León), Santuario de la Peregrina. Yeserías en la capilla funeraria de D. Diego Gómez de Sandoval. — 2. ALABAZANOS (Palencia), Monasterio de Sta. Clara. Arco de yesería en el claustro de hacia 1460. — 3. ALABAZANOS (Palencia), Monasterio de Sta. Clara. Arco renacentista de yesería en el claustro con los escudos de Manrique y Acuña, hacia 1535.